

consideres que soy rey y que quiero bien, y que por mil experiencias estás satisfecho y enterado de que cumpliré con las obras, cuanto con palabras he prometido, de recibir á la sin par Auristela tu hermana sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud y hermosura, y que no quiero averiguar la nobleza de su linaje, pues está claro que no habia de negar naturaleza los bienes de la fortuna á quien tantas dió de sí misma: nunca en humildes sugetos, ó pocas veces, hacen su asiento virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas veces es indicio de la belleza del alma; y para reducirme á un término solo, te digo lo que otras veces te he dicho, que adoro á Auristela, ora sea de linaje del cielo, ora de los infimos de la tierra; y pues ya está en Roma, adonde ella ha librado mis esperanzas, sé tú, ó hermano mio, parte para que me las cumpla; que desde aquí parto mi corona y mi reino contigo, y no permitas que yo muera escarnecido deste Duque, ni menospreciado de la que adoro.

A todas estas razones, ofrecimientos y promesas respondió Periandro, diciendo: Si mi hermana tuviera culpa en las causas que este Duque ha dado á tu enojo, si no la castigara, á lo ménos la riñera, que para ella fuera un gran castigo; pero como sé que no la tiene, no tengo qué responderte. En esto de haber librado tus esperanzas en su venida á esta ciudad, como no sé adónde llegan las que te ha dado, no sé qué responderte: de los ofrecimientos que me haces y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tú el que los haces, y yo á quien se hacen; porque, con humildad sea dicho, ó valeroso Arnaldo, quizá esta pobre muceta de peregrino sirve de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al sol; y por ahora sosiégate, que ayer llegamos á Roma, y no es posible que en tan breve espacio se hayan fabricado discursos, dado trazas y levantado quimeras que reduzcan nuestras acciones á los felices fines que deseamos: huye, en cuanto te fuere posible, de encontrarte con el Duque, porque un amante desdeñado y flaco de esperanzas suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de lo que bien quiere. Arnaldo le prometió que así lo haria, y le ofreció prendas y dineros para sustentar la autoridad y el gasto, así el suyo como el de las damas francesas. Diferente fué la plática que tuvo Croriano con el Duque, pues toda se resolvió en que habia de cobrar el retrato de Auristela, ó habia de confesar Arnaldo no tener parte en él: pidió también á Croriano fuese intercesor con Auristela, le recibiese por esposo, pues su estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hacia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa: en fin, él se mostró algo arrogante y algo celoso, como quien tan enamorado estaba. Croriano se lo ofreció ansimismo y quedó en darle la respuesta que dijese Auristela, al proponerle la ventura que se le ofrecia de recibirle por esposo.

## CAPITULO V.

De cómo por medio de Croriano fueron libres Bartolomé y la Talaverana, que estaban sentenciados á muerte.

Destá manera los dos contrarios celosos y amantes, cuyas esperanzas tenían fundadas en el aire, se despidieron, el uno de Periandro y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas, en reprimir sus ímpetus y disimular sus agravios, á lo ménos hasta tanto que Auristela se declarase, de la cual cada uno esperaba que habia de

ser en su favor, pues al ofrecimiento de un reino y al de un estado tan rico como el del Duque, bien se podia pensar que habia de titubear cualquier firmeza y mudarse el propósito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas y apetererse la mejoría de los estados: especialmente suele ser este deseo mas vivo en las mujeres. De todo esto estaba bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamientos, por entónces, no se extendian á mas que á enterarse en las verdades que á la salvacion de su alma convenian; que por haber nacido en partes tan remotas y en tierras adonde la verdadera fe católica no está en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necesidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegó á él un hombre español, y le dijo: Segun traigo las señas, si es que vuesa merced es español, para vuesa merced viene esta carta; púsole una en las manos cerrada, cuyo sobrescrito decia: *Al ilustre señor Antonio de Villaseñor*, por otro nombre llamado *el Bárbaro*. Preguntóle Periandro, ¿que quién le habia dado aquella carta? respondióle el portador que un español que estaba preso en la cárcel que llaman Torre de Nona, y por lo ménos condenado á ahorcar por homicida, él y otra su amiga, mujer hermosa, llamada *la Talaverana*. Conoció Periandro los nombres y casi adivinó sus culpas, y respondió: Esta carta no es para mí, sino para este peregrino que hácia acá viene; y fué así, porque en aquel instante llegó Antonio, á quien Periandro dió la carta, y apartándose los dos á una parte, la abrió y vió que así decia:

« Quien en mal anda en mal para: de dos piés, aunque el uno esté sano, si el otro está cojo, tal vez cojea; que las malas compañías no pueden enseñar buenas costumbres: la que yo trabé con la Talaverana, que no debiera, me tiene á mí y á ella sentenciados de remate para la horca; el hombre que la sacó de España, la halló aquí en Roma en mi compañía, recibió pesadumbre dello, asentóle la mano en mi presencia, y yo, que no soy amigo de burlas, ni de recibir agravios, sino de quitarlos, volví por la moza, y á puros palos maté á su agraviador. Estando en la fuga de esta pendencia, llegó otro peregrino que por el mismo estilo comenzó á tomarme la medida de las espaldas: dice la moza que conoció que el que me apaleaba era un su marido, de nacion polaco, con quien se habia casado en Talavera, y temiéndose que en acabando conmigo habia de comenzar por ella, porque le tenia agraviado, no hizo mas de echar mano á un cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la vaina, y llegándose á él bonitamente se le clavó por los riñones, haciéndole tales heridas que no tuvieran necesidad de maestro: en efecto, el amigo á palos y el marido á puñaladas, en un instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendiéronnos al mismo punto y trajéronnos á esta cárcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad: tomáronnos la confesion, confesamos nuestro delito, porque no le podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aquí llaman tortura; sustanciósse el proceso, dándose mas prisa á ello de la que quisiéramos; ya está concluso y nosotros sentenciados á destierro, sino que es desta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados á ahorcar, de lo que está tan pesarosa la Talaverana, que no lo puede llevar en paciencia: la cual besa á vuesa merced las manos y á mi señora Constanza y al señor Periandro y á

que adonde interviene el favor y las dádivas, se allanan los riscos y se deshacen las dificultades.

En este tiempo le tuvo Auristela de informarse de todo aquello que á ella le parecia que le faltaba por saber de la fe católica, á lo ménos de aquello que en su patria escuramente se practicaba: halló con quien comunicar su deseo por medio de los penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, verdadera y llana; y quedó enseñada y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales penitenciarios, en la mejor forma que pudieron, le declararon todos los principales y mas convenientes misterios de nuestra santa fe. Comenzaron desde la invidia y soberbia de Lucifer y de su caída con la tercera parte de las estrellas que cayeron con él en los abismos, caída que dejó vacas y vacías las sillas del cielo, que las perdieron los ángeles malos por su necia culpa; declaráronle el medio que Dios tuvo para llenar estos asientos criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria que los ángeles malos perdieron; discurrieron por la verdad de la creacion del hombre y del mundo, y por el misterio sagrado y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundísimo misterio de la Santísima Trinidad: contaron, cómo convino que la segunda persona de las tres, que es la del Hijo, se hiciese hombre, para que como hombre Dios pagase por el hombre, y Dios pudiese pagar como Dios, cuya union hipostática solo podia ser bastante para dejar á Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se habia de satisfacer y el hombre finito por sí no podia, y Dios en sí solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegó el caudal á ser infinito, y así lo fué la paga; mostráronle la muerte de Cristo, los trabajos de su vida, desde que se mostró en el pesebre, hasta que se puso en la cruz; exageráronle la fuerza y eficacia de los sacramentos, y señaláronle con el dedo la segunda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la cual no hay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado; mostráronle así mismo á Jesucristo Dios vivo, sentado á la diestra del Padre, estando tan vivo y entero como en el cielo, sacramentado en la tierra, cuya santísima presencia no la puede dividir ni apartar ausencia alguna; porque uno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es el estar en todo lugar por potencia, por esencia y por presencia; aseguráronle infaliblemente la venida deste Señor á juzgar el mundo sobre las nubes del cielo, y así mismo la estabilidad y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ó por mejor decir, las fuerzas del infierno; trataron del poder del sumo pontífice, visorey de Dios en la tierra y llavero del cielo; finalmente no les quedó por decir cosa que vieron que convenia para darse á entender, y para que Auristela y Periandro los entendiesen. Estas liciones así alegraron sus almas, que las sacó de sí mismas, y se las llevó á que paseasen los cielos, porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

« El desdichado Bartolomé

« Manchego. »

En extremo dió la carta gusto á los dos que la habian leído, y en extremo les fatigó su afliccion; y luego diciéndole al que la habia llevado dijese al preso que se consolase y tuviese esperanza de su remedio, porque Auristela y todos ellos, con todo aquello que dádivas y promesas pudiesen, le procurarian; y al punto fabricaron las diligencias que habian de hacerse: la primera fué que Croriano hablase al embajador de Francia, que era su pariente y amigo, para que no se ejecutase la pena tan presto, y diese lugar el tiempo á que le tuviesen los ruegos y las solicitudes; determinó también Antonio de escribir otra carta en respuesta de la suya á Bartolomé, con que de nuevo se renovase el gusto que les habia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela y con su hermana Constanza, fueron las dos de parecer que no se la escribiese, porque á los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomasen las burlas por veras y se afligiesen con ellas; lo que hicieron fué dejar todo el cargo de aquella negociacion sobre los hombros y diligencia de Croriano y en los de Ruperta su esposa, que se lo rogó ahincadamente, y en seis dias ya estaban en la calle Bartolomé y la Talaverana;

## CAPITULO VI.

Contienda entre Arnaldo y el duque de Nemurs, sobre la compra de un retrato de Auristela.

Con otros ojos se miraron de allí adelante Auristela y Periandro, á lo ménos con otros ojos miraba Periandro á Auristela, pareciéndole que ya ella habia cumplido el

voto que la trajó á Roma, y que podía libre y desembarazadamente recibirle por esposo; pero si medio gentí amaba Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraba, no porque viese iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos, sin que precediesen ántes, ó fuerzas ó ruegos. Tambien estaba mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz que le mostrase lo que habia de hacer despues de casada, porque pensar volver á su tierra lo tenia por temeridad y por disparate, á causa que el hermano de Periandro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizá viendo burladas sus esperanzas, tomara en ella y en su hermano Periandro venganza de su agravio. Estos pensamientos y temores la traian algo flaca y algo pensativa; las damas francesas visitaron los templos y anduvieron las estaciones con pompa y majestad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del embajador de Francia, y no les faltó cosa que para mostrar ilustre decoro fuese necesaria, llevando siempre consigo á Auristela y á Constanza, y ninguna vez salian de casa que no las seguía casi la mitad del pueblo de Roma; y sucedió que pasando un día por una calle que se llamaba Bancos, vieron en una pared della un retrato entero, de piés á cabeza, de una mujer que tenia una corona en la cabeza, aunque partida por medio la corona, y á los piés un mundo, sobre el cual estaba puesta, y apenas la hubieron visto, cuando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al vivo dibujado, que no les puso en duda de conocerla.

Preguntó Auristela admirada, cómo era aquel retrato, y si se vendia acaso. Respondióle el dueño (que segun despues se supo, era un famoso pintor) que él vendia aquel retrato, pero no sabia de quién fuese: solo sabia que otro pintor su amigo se le habia hecho copiar en Francia, el cual le habia dicho ser de una doncella extranjera, que en hábitos de peregrina pasaba á Roma. ¿Qué significa, respondió Auristela, haberla pintado con corona en la cabeza, y los piés sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Eso, señora, dijo el dueño, son fantasías de pintores, ó caprichos como los llaman: quizá quieren decir que esta doncella merece llevar la corona de hermosura, y que ella va hollando aquel mundo; pero yo quiero decir, que dice que vos, señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino real y verdadero. ¿Qué pedis por el retrato? preguntó Constanza. A lo que respondió el dueño: Dos peregrinos están aquí, que el uno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dice que no lo dejará por ningun dinero; yo no he concluido la venta, por parecerme que se están burlando, porque la exorbitancia del ofrecimiento me hace estar en duda. Pues no lo estéis, replicó Constanza, que esos dos peregrinos, si son los que yo imagino, bien pueden doblar el precio y pagaros á toda vuestra satisfacción.

Las damas francesas, Ruperta, Croriano y Periandro, quedaron atónitos de ver la verdadera imágen del rostro de Auristela en el del retrato: cayó la gente que el retrato miraba, en que parecia al de Auristela, y poco á poco comenzó á salir una voz, que todos y cada uno de por sí afirmaba: Este retrato que se vende, es el mismo desta peregrina que va en este coche: ¿para qué queremos ver al traslado, sino al original! y así comenzaron á rodear el coche, que los caballos no podian ir adelan-

te, ni volver atrás, por lo cual dijo Periandro: Auristela hermana, cúbrete el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos deja ver por dónde caminamos. Hízolo así Auristela, y pasaron adelante, pero no por esto dejó de seguirlos mucha gente que esperaba á que se quitase el velo, para verla como deseaba. Apenas se hubo quitado de allí el coche, cuando se llegó al dueño del retrato Arnaldo en sus hábitos de peregrino, y dijo: Yo soy el que os ofrecí los mil escudos por este retrato; si le quereis dar, traedle, y venios conmigo, que yo os los daré luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el duque de Nemurs, dijo: No reparéis, hermano, en precio, sino venios conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os los daré luego de contado. Señores, respondió el pintor, concertáos los dos en cuál le ha de llevar, que yo no me desconcertaré en el precio, puesto que pienso que ántes me habeis de pagar con el deseo que con la obra.

A estas pláticas estaba atenta mucha gente, esperando en qué habia de parar aquella compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados á dos, al parecer pobres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dijo el dueño: El que le quisiere, déme señal y guie, que yo ya le descuelgo para llevárselo; oyendo lo cual Arnaldo, puso la mano en el seno y sacó una cadena de oro con una joya de diamantes que de ella pendia, y dijo: Tomad esta cadena, que con esta joya vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dijo el Duque dándole una de diamantes al dueño del retrato, y traédmele á mi casa. ¡Santo Dios! dijo uno de los circunstantes, ¿qué retrato puede ser este, qué hombres estos y qué joyas estas? cosa de encantamiento parece aquesta: por eso os aviso, hermano pintor, que deis un toque á la cadena y hagais experiencia de la fineza de las piedras, ántes que deis vuestra hacienda, que podría ser que la cadena y las joyas fuesen falsas, porque del encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojáronse los príncipes; pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterase en la verdad del valor de las joyas.

Andaba revuelta toda la gente de Bancos, unos admirando el retrato, otros preguntando quién fuesen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos esperando quién habia de quedar con el retrato, porque les parecia que estaban de parecer los dos peregrinos de no dejarle por ningun precio: diérale el dueño por mucho ménos de lo que le ofrecian, si se le dejaran vender libremente. Pasó en esto por Bancos el gobernador de Roma, oyó el murmurio de la gente, preguntó la causa, vió el retrato y vió las joyas, y pareciéndole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar y llevar el retrato á su casa y prender á los peregrinos: quedóse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanzas y su hacienda en poder de la justicia, donde jamas entró alguna, que, si saliese, fuese con aquel lustre con que habia entrado.

Acudió el pintor á buscar á Periandro, y á contarle todo el suceso de la venta y del temor que tenia no se quedase el Gobernador con el retrato, el cual, de un pintor que le habia retratado en Portugal de su original, le habia él comprado en Francia, cosa que le pareció á

Periandro posible, por haber sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuvo en Lisboa: con todo eso, le ofreció por él ciento escudos, con que quedase á su riesgo el cobrarle. Contentóse el pintor, y aunque fué tan grande la baja de ciento á mil, le tuvo por bien vendido y mejor pagado: aquella tarde, juntándose con otros españoles peregrinos, fué á andar los siete iglesias, entre los cuales peregrinos acertó á encontrarse con el poeta que dijo el soneto al descubrirse Roma: conociéronse y abrazáronse, y preguntáronse de sus vidas y sucesos: el poeta peregrino le dijo, que el día ántes le habia sucedido una cosa digna de contarse por admirable, y fué que habiendo tenido noticia de que un monseñor clérigo de la cámara, curioso y rico, tenia un museo el mas extraordinario que habia en el mundo, porque no tenia figura de personas que efectivamente hubiesen sido, ni entónces lo fuesen, sino unas tablas preparadas para pintarse en ellas los personajes ilustres que estaban por venir, especialmente los que habian de ser en los venideros siglos poetas famosos, entre las cuales tablas habia visto dos, que en el principio dellas estaba escrito, en la una *Torcuato Taso*, y mas abajo un poco decia *Jerusalen libertada*: en la otra estaba escrito *Zárate*, y mas abajo *Cruz y Constantino*. Preguntéle al que me las enseñaba qué significaban aquellos nombres. Respondióme que se esperaba que presto se habia de descubrir en la tierra la luz de un poeta que se habia de llamar Torcuato Taso, el cual habia de cantar á *Jerusalen recuperada*, con el mas heroico y agradable plectro que hasta entónces ningun poeta hubiese cantado, y que casi luego le habia de suceder un español llamado Francisco Lopez de Zárate, cuya voz habia de llenar las cuatro partes de la tierra, y cuya armonía habia de suspender los corazones de las gentes, cantando *La invencion de la Cruz de Cristo, con las guerras del emperador Constantino*, poema verdaderamente heroico y religioso, y digno del nombre de poema. A lo que replicó Periandro: Duro se me hace de creer que de tan atrás se tome el cargo de aderezar las tablas donde se hayan de pintar los que están por venir; aunque en efecto en esta ciudad, cabeza del mundo, están otras maravillas de mayor admiracion; y ¿habrá otras tablas aderezadas para mas poetas venideros? preguntó Periandro. Sí, respondió el peregrino; pero no quise detenerme á leer los títulos, contentándome con los dos primeros; pero así á bulto miré tantos, que me doy á entender que en la edad, cuando estos vengan, que segun me dijo el que me guiaba, no puede tardar, ha de ser grandísima la cosecha de todo género de poetas: encámínelo Dios, como él fuere mas servido. Por lo ménos, respondió Periandro, el año que es abundante de poesía, suele serlo de hambre; porque *dámele poeta, y dártele he pobre*, si ya la naturaleza no se adelanta á hacer milagros, y síguese la consecuencia: hay muchos poetas, luego hay muchos pobres; hay muchos pobres, luego caro es el año.

En esto iban hablando el peregrino y Periandro, cuando llegó á ellos Zebulon el judío, y dijo á Periandro que aquella tarde le queria llevar á ver á Hipólita la Ferraresa, que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, y aun de toda Italia. Respondióle Periandro que iria de muy buena gana, lo cual no le respondiera, si como le informó de la hermosura le informara de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de

Periandro no se abalanzaba ni abatía á cosas bajas, por hermosas que fuesen; que en esto la naturaleza habia hecho iguales y formado en una misma turquesa á él y á Auristela, de la cual se recató para ir á ver á Hipólita, á quien el judío le llevó mas por engaño que por voluntad; que tal vez la curiosidad hace tropezar y caer de ojos al mas honesto recato.

## CAPITULO VII.

De un extraño caso y notable peligro en que se vió Periandro por malicia de una dama cortesana.

Con la buena crianza, con los ricos ornamentos de la persona y con los aderezos y pompa de la casa se cubren muchas faltas, porque no es posible que la buena crianza ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente. Todo esto tenia Hipólita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora y en cortesía con la misma buena crianza; no era posible que fuese estimada en poco de quien la conocia, porque con la hermosura encantaba, con la riqueza se hacia estimar, y con la cortesía, si así se puede decir, se hacia adorar: cuando el amor se viste destas tres calidades, rompe los corazones de bronce, abre las bolsas de hierro y rinde las voluntades de mármol; y mas si á estas tres cosas se les añade el engaño y la lisonja, atributos convenientes para las que quieren mostrar á la luz del mundo sus donaires. ¿Hay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando una destas hermosas que pinto, dejando á una parte las de su belleza, se ponga á discurrir las de su humilde trato? La hermosura en parte ciega, y en parte alumbrá; tras la que ciega corre el gusto, tras la que alumbrá el pensar en la enmienda. Ninguna destas cosas consideró Periandro al entrar en casa de Hipólita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele levantar amor sus máquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricó, no sobre la voluntad de Periandro, sino en la de Hipólita; que con estas damas que suelen llamardel vicio, no es menester trabajar mucho para dar con ellas donde se arrepientan sin arrepentirse.

Ya habia visto Hipólita á Periandro en la calle, y ya le habia hecho movimientos en el alma su bizarría, su gentileza, y sobre todo el pensar que era español, de cuya condicion se prometia dádivas imposibles y concertados gustos; y estos pensamientos los habia comunicado con Zebulon, y rogádole se lo trajese á casa, la cual tenia tan aderezada, tan limpia y tan compuesta, que mas parecia que esperaba ser tálamo de bodas que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipólita, que con este nombre la llamaban en Roma, como si lo fuera, un amigo llamado Pirro, calabres, hombre acuchillador, impaciente, facineroso, cuya hacienda libraba en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos y en los engaños de Hipólita, que muchas veces con ellos alcanzaba lo que queria, sin rendirse á nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaba su vida, era en la diligencia de sus piés, que los estimaba en mas que las manos; y de lo que él mas se preciaba era de traer siempre asombrada á Hipólita en cualquier condicion que se le mostrase, ora fuese amorosa, ora fuese áspera; que nunca falta á estas palomas duendas milanos que las persigan, ni pájaros que las despedacen; ¡miserable trato desta mundana y simple gente! Digo pues que este caballero, que no tenia de

serlo mas que el nombre, se halló en casa de Hipólita al tiempo que entraron en ella el judío y Periandro: apartóle aparte Hipólita, y díjole: Véte con Dios, amigo, y llévate esta cadena de oro, de camino, que este peregrino me envió con Zabulon esta mañana. Mira lo que haces, Hipólita, respondió Pirro, que á lo que se me trasluce este peregrino es español, y soltar él de su mano, sin haber tocado la tuya, esta cadena que debe de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan. Llévate tú, ó Pirro, la cadena, dijo ella, y déjame á mí el cargo de sustentarla y de no volverla, á pesar de todas sus españolerías.

Tomó la cadena que le dió Hipólita, Pirro, que para el efecto la había hecho comprar aquella mañana, y sellándole la boca con ella, mas que de paso le hizo salir de casa. Luego Hipólita libre y desembarazada de su corma, suelta de sus grillos, se llegó á Periandro, y con desenfado y donaire, lo primero que hizo fué echarle los brazos al cuello, diciéndole: En verdad que tengo de ver si son tan valientes los españoles como tienen la fama. Cuando Periandro vió toda aquella desenvoltura, creyó que toda la casa se le había caído á cuestras, y poniéndole la mano delante el pecho á Hipólita, la detuvo y la apartó de sí, y le dijo: Estos hábitos que visto, señora Hipólita, no permiten ser profanados, ó á lo ménos yo no lo permitiré en ninguna manera; y los peregrinos, aunque sean españoles, no están obligados á ser valientes cuando no les importa; pero mirad, señora, en qué quereis que muestre mi valor, sin que á los dos perjudique, y seréis obedecida sin replicaros en nada. Paréceme, respondió Hipólita, señor peregrino, que así lo sois en el alma como en el cuerpo; pero, pues segun decis, haréis lo que os dijere, como á ninguno de los dos perjudique; entráos conmigo en esta cuadra, que os quiero enseñar una lonja y un camarín mio. A lo que respondió Periandro: Aunque soy español, soy algun tanto medroso, y mas os temo á vos sola que á un ejército de enemigos: haced que nos haga otro la guía y llevadme do quisieredes. Llamó Hipólita á dos doncellas suyas y á Zabulon el judío, que á todo se halló presente, y mandólas que guiasen á la lonja; abrieron la sala, y á lo que despues Periandro dijo, estaba la mas bien aderezada que pudiese tener algun príncipe rico y curioso en el mundo; Parrasio, Polignoto, Apéles, Céuxis y Timántes tenían allí lo perfecto de sus pinceles, comprado con los tesoros de Hipólita, acompañados de los del devoto Rafael de Urbino, y de los del divino Micael Angelo, riquezas donde las de un gran príncipe deben y pueden mostrarse: los edificios reales, los alcázares soberbios, los templos magníficos y las pinturas valientes son propias y verdaderas señales de la magnanimidad y riqueza de los príncipes, prendas en efecto contra quien el tiempo apresura sus alas y apresta su carrera como émulas suyas, que á su despecho están mostrando la magnificencia de los pasados siglos. ¡Oh Hipólita, solo buena por esto! si entre tantos retratos que tienes, tuvieras uno de tu buen trato y dejaras en el suyo á Periandro, que asombrado, atónito y confuso andaba mirando en qué había de parar la abundancia que en la lonja veía en una limpisima mesa que de cabo á cabo la tomaba la música, que de diversos géneros de pájaros en riquísimas jaulas estaban haciendo una confusa pero agradable armonía: en fin, á él le pareció que todo cuanto había oido decir de los *huertos hes-*

*pérides*, de los de la *maga Falerina*, de los *pensiles famoso*, ni de todos los otros que por fama fuesen conocidos en el mundo, no llegaban al adorno de aquella sala y de aquella lonja; pero como él andaba con el corazon sobresaltado, que bien haya su honestidad, que se le aprensaba entre dos tablas, no se le mostraban las cosas como ellas eran, ántes cansado de ver cosas de tanto deleite, y enfadado de ver que todas ellas se encaminaban contra su gusto, dando de mano á la cortesía, probó á salirse de la lonja, y se saliera, si Hipólita no se lo estorbara: de manera que le fué forzoso mostrar con las manos y ásperas palabras ser algo descortés: trabó de la esclavina de Periandro, y abriéndole el jubon le descubrió la cruz de diamantes que de tantos peligros hasta allí había escapado, y así deslumbró la vista á Hipólita como el entendimiento, la cual viendo que se le iba, á despecho de su blanda fuerza, dió en un pensamiento que si le supiera revalidar y apoyar algun tanto mejor, no le fuera bien dello á Periandro, el cual dejando la esclavina en poder de la nueva egipcia, sin sombrero, sin bordon, sin ceñidor ni esclavina, se puso en la calle; que el vencimiento de tales batallas consiste mas en el huir que en el esperar: púsose ella asimismo á la ventana, y á grandes voces comenzó á apellidar la gente de la calle, diciendo: Ténganme á ese ladrón, que entrando en mi casa como humano, me ha robado una prenda divina, que vale una ciudad: acertaron á estar en la calle dos de la guarda del Pontífice, que dicen pueden prender en fragante, y como la voz era de ladrón, facilitaron su dudosa potestad y prendieron á Periandro; echáronle mano al pecho, y quitándole la cruz le santiguaron con poca decencia; paga que da la justicia á los nuevos delincuentes, aunque no se les averigüe el delito.

Viéndose pues Periandro puesto en cruz sin su cruz, dijo á los tudescos en su misma lengua, que él no era ladrón, sino persona principal, y que aquella cruz era suya, y que viesen que su riqueza no podia ser de Hipólita, y que les rogaba le llevasen ante el Gobernador, que él esperaba con brevedad averiguar la verdad del caso: ofrecióles dineros, y con esto y con habellas hablado en su lengua, con que se reconcilian los ánimos que no se conocen, los tudescos no hicieron caso de Hipólita, y así llevaron á Periandro delante del Gobernador: viendo lo cual Hipólita se quitó de la ventana, y casi arañándose el rostro dijo á sus criadas: ¡Ay hermanas, y qué necia he andado! A quien pensaba regalar he lastimado, á quien pensaba servir he ofendido, preso va por ladrón el que lo ha sido de mi alma: mirad qué caricias, mirad qué halagos son hacer prender al libre y disfamar al honrado; y luego les contó cómo llevaban preso al peregrino de la guarda del Papa: mandó asimismo que la aderezasen luego el coche, que quería ir en su seguimiento y disculpalle, porque no podia sufrir su corazon verse herir en las mismas niñas de sus ojos, y que ántes que iria parecer testimoniera que cruel, que de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio sí, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre y manifiesta sus deseos y hace mal á quien bien quiere.

Cuando ella llegó á casa del Gobernador le halló con la cruz en las manos, examinando á Periandro sobre el caso, el cual como vió á Hipólita, dijo al Gobernador: Esta señora que aquí viene ha dicho que esta cruz que vuesa merced tiene yo se la he robado, y yo diré que es

verdad, cuando ella dijere de qué es la cruz, qué valor tiene y cuántos diamantes la componen; porque si no es que se lo dicen los ángeles, ó algun otro espíritu que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y una vez sola. ¿Qué dice la señora Hipólita á esto? dijo el Gobernador. Y esto cubriendo la cruz, porque no tomase las señas della, la cual respondió: Con decir que estoy enamorada, ciega y loca, quedará este peregrino disculpado, y yo esperando la pena que el señor Gobernador quisiere darme por mi amoroso delito; y le contó punto por punto lo que con Periandro le había pasado, delo que se admiró el Gobernador, ántes del atrevimiento que del amor de Hipólita; que á semejantes sujetos son propios los lascivos disparates: afeóle el caso, pidió á Periandro la perdonase, dióle por libre y volvióle la cruz, sin que en aquella causa se escribiese letra alguna, que no fué ventura poca: quisiera saber el Gobernador quién eran los peregrinos que habían dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y asimismo quién era él y quién Auristela; á lo que respondió Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas: esta cruz es mia, y cuando me dé el tiempo lugar y la necesidad me fuerce, diré quién soy, que el decirlo agora no está en mi voluntad, sino en la de mi hermana; el retrato que vuesa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio conveniente, sin que en la compra hayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor y en fantasía que en razon. El Gobernador dijo que él se queria quedar con él por el tanto, por añadir con él á Roma cosa que adelantase á la de los mas excelentes pintores que la hacian famosa. Yo se le doy á vuesa merced, respondió Periandro, por parecerme que en darle tal dueño le doy la honra posible: agradeciósese el Gobernador, y aquel día dió por libres á Arnaldo y al Duque, y les volvió sus joyas, y él se quedó con el retrato, porque estaba puesto en razon que se había de quedar con algo.

## CAPITULO VIII.

Da cuenta Arnaldo de todo lo que le había sucedido desde que se apartó de Periandro y Auristela en la isla de las Ermitas.

Mas confusa que arrepentida volvió Hipólita á su casa pensativa y ademas enamorada; que aunque es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos, los que usó con ella Periandro le avivaron mas los deseos: parecíale á ella que no había de ser tan de bronce un peregrino, que no se ablandase con los regalos que pensaba hacerle; pero hablando consigo se dijo á sí misma: Si este peregrino fuera pobre, no trajera consigo cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes sirven de claro sobrescrito de su riqueza, de modo que la fuerza desta roca no se ha de tomar por hambre, otros ardidés y mañas son menester para rendirla. ¿No sería posible que este mozo tuviese en otra parte ocupada el alma? No sería posible que esta Auristela no fuese su hermana? No sería posible que las finezas de los desdenes que usa conmigo los quisiese asentar y poner en cargo á Auristela? ¡Válame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio! Alto, muera Auristela, descúbrase este encantamiento, á lo ménos veamos el sentimiento que este montaraz corazon hace; pongamos siquiera en plática este disinio, enferme Auristela, quitemos su sol delante de

los ojos de Periandro, veamos si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor; que podria ser que dando yo lo que á este le quitaré, quitándole á Auristela, viniese á reducirse á tener mas blandos pensamientos: por lo ménos probarlo tengo, ateniéndome á lo que se dice, que no daña el tentar las cosas que descubren algun rastro de provecho.

Con estos pensamientos algo consolada, llegó á su casa, donde halló á Zabulon, con quien comunicó todo su disinio, confiada en que tenia una mujer de la mayor fama de hechicera que había en Roma, pidiéndole, habiendo ántes precedido dádivas y promesas, hiciese con ella, no que mudase la voluntad de Periandro, pues sabía que esto era imposible, sino que enfermase la salud de Auristela, y con limitado término, si fuese menester, le quitase la vida. Esto, dijo Zabulon, ser cosa fácil al poder y sabiduría de su mujer; recibió no sé cuánto por primera paga, y prometió que desde otro dia comenzaría la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipólita satisfizo á Zabulon, sino amenazóle asimismo; y á un judío dádivas ó amenazas le hacen prometer y aun hacer imposibles. Periandro contó á Croriano, Ruperta, á Auristela y á las tres damas francesas, á Antonio y á Constanza su prision, los amores de Hipólita y la dádiva que había hecho del retrato de Auristela al Gobernador.

No le contentó nada á Auristela los amores de la cortesana, porque ya había oido decir que era una de las mas hermosas mujeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas y mas discretas, y las musarañas de los celos, aunque no sea mas de una, y sea mas pequeña que un mosquito, el miedo la representa en el pensamiento de un amante mayor que el monte Olimpo; y cuando la honestidad ata la lengua de modo que no puede quejarse, da tormento al alma con las ligaduras del silencio, de modo que á cada paso anda buscando salidas para dejar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ningun otro remedio tienen los celos que oír disculpas, y cuando estas no se admiten, no hay que hacer caso de la vida, la cual perdiera Auristela mil veces ántes que formar una queja de la fe de Periandro. Aquella noche fué la primera vez que Bartolomé y la Talaverana fueron á visitar á sus señores, no libres, aunque ya lo estaban de la cárcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los del matrimonio, pues se habían casado; que la muerte del polaco puso en libertad á Luisa, y á él le trajo su destino á venir peregrino á Roma: ántes de llegar á su patria halló en Roma á quien no traía intencion de buscar, acordándose de los consejos que en España le había dado Periandro; pero no pudo estorbar su destino, aunque no le fabricó por su voluntad.

Aquella noche asimismo visitó Arnaldo á todas aquellas señoras, y dió cuenta de algunas cosas que en el volver á buscarles, despues que apaciguó la guerra de su patria, le habían sucedido: contó cómo llegó á la isla de las Ermitas, donde no había hallado á Rutilio, sino á otro ermitaño en su lugar, que le dijo que Rutilio estaba en Roma: dijo asimismo, que había tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas y contentas á las desposadas y á los demas que con Periandro, segun ellos dijeron, se habían embarcado: contó cómo supo de oídas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no había querido casarse: dijo cómo se tornaba á poblar la isla

bárbara, confirmando sus moradores en la creencia de su falsa profecía: advirtió cómo Mauricio y Ladislao su yerno con su hija Transila, habían dejado su patria, y pasándose á vivir más pacíficamente á Inglaterra: dijo también cómo había estado con Leopoldio, rey de los danos, después de acabada la guerra; el cual se había casado por dar sucesión á su reino, y que había perdonado á los dos traidores que llevaba presos, cuando Periandro y sus pescadores le encontraron, de quien mostró estar muy agradecido por el buen término y cortesía que con él tuvieron; y entre los nombres que le era forzoso nombrar en su discurso, tal vez tocaba con el de los padres de Periandro, y tal con los de Auristela, con que les sobresaltaba los corazones y les traía á la memoria, así grandezas como desgracias: dijo que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimación tenidos sus retratos; contó asimismo la fama que dejaba en Francia en todo aquel camino la hermosura de Constanza, y de aquellas señoras damas francesas: dijo cómo Coriano había granjeado opinión de generoso y de discreto en haber escogido á la sin par Ruperta por esposa: dijo asimismo cómo en Luca se hablaba mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho y en los breves amores de Andrea Marulo, á quien con el demonio fingido trajo el cielo á vivir vida de ángeles: contó cómo se tenía por milagro la caída de Periandro, y cómo dejaba en el camino á un mancebo peregrino, poeta, que no quiso adelantarse con él, por venir de espacio, componiendo una comedia de los sucesos de Periandro y Auristela, que los sabía de memoria por un lienzo que había visto en Portugal, donde se habían pintado, y que traía intención firmísima de casarse con Auristela, si ella quisiese. Agradecióle Auristela su buen propósito, y aun desde allí le ofreció darle para un vestido, si acaso llegase roto; que un deseo de un buen poeta toda buena paga merece: dijo también que había estado en casa de la señora Constanza y Antonio, y que sus padres y abuelos estaban buenos y solo fatigados de la pena que tenían de no saber de la salud de sus hijos, deseando volviere la señora Constanza á ser esposa del Conde su cuñado, que quería seguir la discreta elección de su hermano, ó ya por no dar los veinte mil ducados, ó ya por el merecimiento de Constanza, que era lo más cierto: de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro y Auristela, que como á sus hermanos los querían.

Esta plática de Arnaldo se engendraron en los pechos de los oyentes nuevas sospechas de que Periandro y Auristela debían de ser grandes personajes, porque de tratar de casamientos de condes y de millaradas de ducados, no podían nacer sino sospechas ilustres y grandes: contó también cómo había encontrado en Francia á Renato, el caballero francés vencido en la batalla contra derecho, y libre y victorioso por la conciencia de su enemigo: en efecto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galán progreso desta historia se han contado, en quien él se hubiese hallado, que allí no las volviere á traer á la memoria, trayendo también la que tenía de quedarse con el retrato de Auristela, que tenía Periandro contra la voluntad del Duque, y contra la suya, puesto que dijo que por no dar enojo á Periandro disimularía su agravio. Ya le hubiera yo deshecho, respondió Periandro, volviendo, señor Arnaldo, el retrato,

si entendiera fuera vuestro; la ventura y su diligencia se le dieron al Duque, vos se le quitastes por fuerza, y así no tenéis de qué quejaros: los amantes están obligados á no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer por acomodarse con la razón que otra cosa les manda; pero yo haré de manera que quedando vos, señor Arnaldo, contento, el Duque quede satisfecho; y será con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es más suyo que de otro alguno: satisfizole á Arnaldo el parecer de Periandro, y ni más ni menos á Auristela; con esto cesó la plática, y otro día por la mañana comenzaron á obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos y la malicia de la judía, mujer de Zabulon.

## CAPITULO IX.

En que se cuenta la enfermedad de Auristela por los hechizos de la judía, mujer de Zabulon.

No se atrevió la enfermedad á acometer rostro á rostro la belleza de Auristela; temerosa no espantase tanta hermosura la fealdad suya; y así la acometió por las espaldas, dándole en ellas unos calofrios al amanecer, que no la dejaron levantar aquel día: luego luego se le quitó la gana de comer, y comenzó la viveza de sus ojos á amortiguarse, y el desmayo que con el tiempo suele llegar á los enfermos, se sembró en un punto por todos los sentidos de Auristela, haciendo el mismo efecto en los de Periandro, que luego se alborotaron y temieron todos los males posibles, especialmente los que temen los poco venturosos, y que había dos horas que estaba enferma, y ya se le parecían cárdenas las encarnadas rosas de sus mejillas, verde el carmin de sus labios y topacios las perlas de sus dientes; hasta los cabellos le pareció que habían mudado de color, estrechándose las manos y casi mudado el asiento y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecía menos hermosa, porque no la miraba en el lecho en que yacía, sino en el alma, donde la tenía retratada: llegaron á sus oídos, á lo menos llegaron de allí á dos días sus palabras, entre débiles acentos formadas y pronunciadas con turbada lengua: asustáronse las señoras francesas, y el cuidado de atender á la salud de Auristela fué de tal modo, que tuvieron necesidad de tenerle de sí mismas: llamáronse médicos, escogiéronse los mejores, á lo menos los de mejor fama; que la buena opinión califica la acertada medicina, y así suele haber médicos venturosos como soldados bien afortunados: la buena suerte y la buena dicha, que todo es uno, también puede llegar á la puerta del miserable en un saco de sayal, como en un escaparate de plata; pero ni en plata ni en lana no llegaba ninguna á las puertas de Auristela, de lo que discretamente se desesperaban los dos hermanos Antonio y Constanza: esto era al revés en el Duque, que como el amor que tenía en el pecho se había engendrado de la hermosura de Auristela, así como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en él faltando el amor, el cual muchas raíces ha de haber echado en el alma, para tener fuerzas para llegar hasta el márgen de la sepultura con la cosa amada; feísima es la muerte, y quien más á ella se llega es la dolencia; y amar las cosas feas parece cosa sobrenatural y digna de tenerse por milagro. Auristela en fin iba enflaqueciendo por momentos, y quitando las esperanzas de su salud á cuantos la conocían: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo

el enamorado, solo aquel que con intrépido pecho se oponía á la contraria fortuna y á la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaba.

Quince días esperó el duque de Nemurs, á ver si Auristela mejoraba, y en todos ellos no hubo ninguno que á los médicos no consultase de la salud de Auristela; y ninguno se la aseguró, porque no sabían la causa precisa de su dolencia; viendo lo cual las damas francesas, no hacían del Duque caso alguno, el cual viendo también que el ángel de luz de Auristela se había vuelto el de tinieblas, fingiendo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpaban, un día llegando á Auristela, en el lecho donde enferma estaba, delante de Periandro, le dijo: Pues la ventura me ha sido tan contraria, hermosa señora, que no me ha dejado conseguir el deseo que tenía de recibirte por mi legítima esposa, ántes que la desesperación me traiga á términos de perder el alma, como me ha traído á los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sé cierto que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y así sucediéndome el mal que no procuro, vendré á perderme y á morir desdichado y no desesperado: mi madre me llama, tiéneme prevenida esposa, obedecerla quiero y entretener el tiempo del camino, tanto, que halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte. Dieron sus ojos muestra de algunas lágrimas: no pudo responderle Auristela, ó no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periandro: lo más que hizo fué poner la mano debajo de su almohada y sacar su retrato y volvérselo al Duque, el cual le besó las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se le tomó, y le dijo: Si dello no te disgustas, ó gran señor, por lo que bien quierdes, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir una palabra que tengo dada, que sin ser en perjuicio tuyo, será grandemente en el mío si no lo cumplo: volviésole el Duque con grandes ofrecimientos de poner por él la hacienda, la vida y la honra, y mas si más pudiese, y desde allí se desvió de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos más en Roma: discreto amante, y el primero quizá que haya sabido aprovecharse de las gudejas que la ocasión le ofrecía. Todas estas cosas pudieran despertar á Arnaldo, para que considerara cuán menoscabadas estaban sus esperanzas, y cuán á pique de acabar con toda la máquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi había pisado las ropas de Auristela, y estuvo muy determinado de acompañar al Duque, sino en su camino, á lo menos en su propósito, volviéndose á Dinamarca; mas el amor y su generoso pecho no dieron lugar á que dejase á Periandro sin consuelo, y á su hermana Auristela en los postreros límites de la vida, á quien visitó y de nuevo hizo ofrecimientos, con determinación de aguardar á que el tiempo mejorase los sucesos, á pesar de todas las sospechas que le sobrevenían.

## CAPITULO X.

Cobra Auristela la salud, por haber la judía deshecho los hechizos, y propone á Periandro el intento de no casarse.

Contentísima estaba Hipólita de ver que las artes de la cruel judía tan en daño de la salud de Auristela se mostraban, porque en ocho días la pusieron tan otra de la

queser solía, que ya no la conocían sino por el órgano de la voz, cosa que tenía suspensos á los médicos y admirados á cuantos la conocían. Las señoras francesas atendían á su salud con tanto cuidado, como si fueran sus queridas hermanas, especialmente Feliz Flora, que con particular afición la quería. Llegó á tanto el mal de Auristela, que no contentándose en los términos de su jurisdicción, pasó á la de sus vecinos; y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quien encontró fué con él, no porque el veneno y maleficios de la perversa judía obrasen en él derechamente y con particular asistencia, como en Auristela, para quien estaban hechos, sino porque la pena que él sentía de la enfermedad de Auristela era tanta, que causaba en él el mismo efecto que en Auristela, y así se iba enflaqueciendo, que comenzaron todos á dudar de la vida suya, como de la de Auristela; viendo lo cual Hipólita, y que ella misma se mataba con los filos de su espada, adivinando con el dedo de dónde procedía el mal de Periandro, procuró darle remedio, dándosele á Auristela, la cual, ya flaca y descolorida parecía que estaba llamando su vida á las aldabas de las puertas de la muerte; y creyendo sin duda, que por momentos la abrirían, quiso abrir y preparar la salida á su alma por la carrera de los sacramentos, bien como ya instruida en la verdad católica; y así haciendo las diligencias necesarias, con la mayor devoción que pudo dió muestras de sus buenos pensamientos, acreditó la integridad de sus costumbres, dió señales de haber aprendido bien lo que en Roma la habían enseñado, y resignándose en las manos de Dios, sosegó su espíritu, y puso en olvido reinos, regalos y grandezas.

Hipólita pues, habiendo visto, como está ya dicho, que muriéndose Auristela moría también Periandro, acudió á la judía á pedirle que templase el rigor de los hechizos que consumían á Auristela, ó los quitase del todo; que no quería ella ser inventora de quitar con un golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moría Periandro, y muriendo Periandro, ella también quedaría sin vida: hizo así la judía, como si estuviera en su mano la salud ó la enfermedad ajena, ó como si no dependieran todos los males que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios, obligándole, si así se puede decir, por nuestros mismos pecados, para castigo dellos, permite que pueda quitar la salud ajena esta que llaman hechicería, con que lo hacen las hechiceras, usando mezclas y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida á la persona que quieren, sin que tenga remedio de excusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de dónde procede la causa de tan mortal efecto; así que, para guardar estos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina.

Comenzó pues Auristela á dejar de empeorar, que fué señal de su mejoría: comenzó el sol de su belleza á dar señales y vislumbres de que volvía á amanecer en el cielo de su rostro, volvieron á despuntar las rosas en sus mejillas y la alegría en sus ojos, ahuyentáronse las sombras de su melancolía, volvió á enterarse en el órgano suave de su voz, afinóse el carmin de sus labios, convirtió en marfil la blancura de sus dientes, que volvieron á ser perlas, como ántes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo volvió á ser toda hermosa, toda be-